



Prof. J. A. PÉREZ BUSTAMANTE
Catedrático de la Universidad de Cádiz

REQUIEM POR ANDRÉS SEGOVIA

*La guitarra suena
la guitarra habla
cuando no tengas nada en la vida
oye la guitarra.*

LUIS ROSALES

Ha llegado la triste hora de la despedida. El corazón del patriarca universal de la guitarra, Andrés Segovia, ha dejado de latir, sobrecargado por 94 años de incesante actividad y polifacética y prolífica creación.

La partida del maestro, el día 2 de junio pasado, al encuentro de Santa Cecilia y de Orfeo pone así fin al paréntesis más brillante, más prolífico, que ha atravesado la guitarra de concierto en su ya larga historia, cuyos jalones evolutivos más destacables van asociados con los nombres de Sors, Carulli, Giuliani, Aguado y Tárrega, en el siglo XIX, y de Llobet y Segovia, en el siglo actual.

Desde el pasado 2 de junio la guitarra ha perdido la caricia y el consuelo de su más ferviente y entregado amante, la guitarra de Segovia ha quedado silente, se ha callado definitivamente. Andrés Segovia ha cedido la antorcha de su magia y creación artística a una legión de discípulos y admiradores que tendrán que continuar la magna obra guitarrística del maestro extrayendo toda clase de efectos sonoros y melodías poéticas de ese delicado instrumento, que es la guitarra, al que rindieron sublime tributo de admiración tantos y tan buenos poetas de nuestro siglo. Ha llegado el momento de que artistas tan consumados y consagrados como Narciso Yepes, John Williams, Julian Bream, Alirio Díaz, Ichiro Suzuki, Ernesto Bitetti, José Tomás, Irma Costanzo, Konrad Ragossnig, Antonio Membrado, José Cubedo, Miguel Rubio y un larguísimo etcétera, pues inmenso es hoy el número de excelentes guitarristas que deambulan por el mundo, sigan extrayendo misterios y fecundando las potencialidades poéticas de ese femenino y humilde instrumento, la guitarra, que ha sido

merecedor de la atención de los más destacados poetas contemporáneos y al que ya ha sido rendido debido tributo a través de diversas antologías poéticas recopilando un gran número de bellos pensamientos, metáforas y fantasías dedicados específicamente a este instrumento. Si para García Lorca la guitarra era un “negro aljibe de madera”, para Gerardo Diego era “un pozo con viento en vez de agua”, mientras que para Salvador de Madariaga era un “ocho sonoro donde el aire espera” y para Ramón Gómez de la Serna, “el agujero redondo que tiene la guitarra es el buzón para los ayes y jipíos”. Finalmente, la donosura y la elegancia del poeta gaditano José María Pemán le llevaron a concebir la guitarra simbolizándola como “un desnudo sonoro”.

En contra de muy extendidas falacias vigentes en el ámbito del mundo flamenco, la labor de Segovia no atentó, en modo alguno, ni en contra de tan sublime Arte, en general, ni específicamente contra lo que se entiende por “guitarra flamenca”. La idea motriz fundamental del maestro siempre fue constructiva, crear algo nuevo, sublime, sin destruir nada que valga la pena conservar. Por tal motivo, se embarcó en la magna empresa de dignificar la guitarra de concierto, ampliar su repertorio, generalizar su enseñanza, dar a conocer todas sus posibilidades, sin preocuparse lo más mínimo de entrar, o salir, en todo aquello que era ajeno a sus propósitos.

A través de la obra de Segovia, la guitarra ha alcanzado una inmensa popularidad y protagonismo en el mundo entero, a través de una singlatura musical irresistiblemente ascendente, cuya continuidad está asegurada por la calidad artística del gran número de cultivadores y amantes entregados que actualmente tiene.

La revolución desencadenada por Segovia en el arte del mejor hacer con la guitarra ha sido tan extensa y profunda a lo largo de ocho décadas de incesante perfeccionismo, que ya no es de temer que se produzca regresión alguna para el humilde instrumento que sólo él quiso, supo y pudo encumbrar a las máximas alturas instrumentísticas. El camino a seguir está perfectamente trazado y definido, sólo resta continuar con la fe, devoción, ilusión, perseverancia y trabajo que el maestro puso con excepcional ejemplaridad en tal empeño. A pesar de todo el progreso y continuidad previsibles que el culto a este instrumento pueda hallar en sus continuadores, una cosa es cierta: vamos a extrañar sobremanera el obligado silencio de la guitarra de Segovia y ello por muchas razones.

La figura venerable, solemne, erguida, confiada y filantrópica del maestro era absolutamente carismática; su delicadeza con la guitarra y el increíble mundo de sensaciones y poesía que de la misma era capaz de extraer se imponían de tal modo ante sus auditorios, tan universales y variados como se quiera, que era capaz de crear un silencio total en las salas

de concierto que nos llevaba a intuir la esencia del vacío más absoluto. Este silencio, unido al virtuosismo del artista, fue su mejor vehículo de comunicación para transmitir su mensaje directo, sin baratas megafonías, a numerosísimos auditorios. Este sepulcral silencio era el medio, o soporte, sobre el que cabalgaba en toda su pureza el irreplicable mensaje musical, casi celestial, del maestro.

Estábamos tan acostumbrados, durante décadas y décadas, a oír y leer continúa y esporádicamente cosas fantásticas sobre la actividad y triunfos incesantes de Segovia, que casi llegamos a creernos que era tan inniortal en su persona, como en su arte, que ya traspasó hace largos años las cotas más altas de lo descriptible. Dábamos por supuesto que el maestro continuaría ascendiendo, sin mayores discontinuidades y problemas, esos seis cortos peldaños que ya le restaba únicamente superar para llegar a cumplir el siglo. Su congénito optimismo, su serenidad, la viveza de su conversación, su claridad mental, su excepcional memoria y la juvenil ilusión con que siempre nos sorprendía relatándonos sus increíbles proyectos de próximas actividades en América, en Europa, en Japón, creaban en torno de su patriarcal personalidad un halo de eternidad, engañoso, que nos inducía a alejar de nuestra mente la imagen de la inexorabilidad del obligado tránsito de la persona mortal hacia su último destino.

El tópico hueco que la forzosa ausencia de Segovia deja constituye un auténtico abismo de ausencia artística, una sima de nostalgia y melancolía tan ancha y profunda como fue su propio arte. Con independencia de lo que escuchemos y a quien oigamos, el tañido de cualquier guitarra de concierto nos evocará de inmediato el recuerdo de quien fuera su más apasionado amante. La Humanidad ha perdido un artista irremplazable, un maestro de excepción y un amigo universal, por encima de credos, razas e ideologías, además de un patrón ejemplar de conducta a imitar, pues él demostró como pocos hasta dónde puede llegar el ser humano apoyándose en sus propios recursos, fuerzas y facultades, partiendo de la nada, conjugando armónicamente su fisiología con su mente, con su espíritu y con su alma. Genio innato, fe inquebrantable, voluntad indomeñable, ilusión vital, afán de perfeccionismo somático y de catarsis espiritual, perseverancia ciega, dinamismo y riesgo, he aquí las principales claves del éxito que elevaron al más alto podio del arte universal a aquel humilde niño, que nació en Linares en 1893 y murió en Madrid en 1987, a través de una larguísima y compleja andadura profesional, circunvalando el orbe sin descanso, ofreciendo millares de resonantes conciertos en las más insólitas latitudes.

La prolongada omnipresencia de Segovia, deambulando por el mundo de punta a punta con la facilidad y espontaneidad con que un labriego

recorre las escasas callejas de su ínfima aldea, unido al asombro y admiración que la increíble magia de su arte suscitaba una y otra vez, por doquier, le han convertido en uno de los más significados y universales ídolos de nuestro siglo. Ello justifica con creces la afirmación manifestada recientemente por uno de sus más devotos discípulos del Japón, Ichiro Suzuki: **“Los guitarristas nos hemos quedado un poco huérfanos”**. Efectivamente, la pervivencia de Segovia ejercía un telepático influjo sobre los guitarristas profesionales, les infundía confianza en el valor de su causa, les aconsejaba con discreción, les insinuaba nuevas vías de perfeccionamiento y, por encima de todo, les motivaba indeciblemente buscando el mejor camino para el perfeccionamiento artístico más adecuado para cada uno.

Segovia presintió certeramente la inmensa potencialidad poética que albergaba la guitarra y se dedicó afanosamente a la difícil tarea de extraer de la misma arcanos ecos y efectos, consiguiendo hacer de la misma un auténtico instrumento polifónico y extremadamente expresivo. Una de las maravillas del arte del maestro, universalmente reconocida, subyace en el **“colorido”** sonoro de su interpretación, en la dulzura poética de sus inconcebibles **“vibratos”**, en su diferenciación del espíritu de los diversos pasajes musicales diferenciando maravillosamente lo recitativo de lo expresivo. Segovia consiguió de esta manera fundir la sensibilidad artística de su alma con las posibilidades ignotas de su instrumento para poder comunicarse, a través de mensajes musicales inéditos, con toda la Humanidad. De esta manera justificó en todo su alcance las premoniciones de Antonio Machado sobre la guitarra, cuando afirmaba,

**“...Y siempre que te escucha el caminante
sueña escuchar un aire de su tierra.”**

Podría apostillarse a este respecto que cuando el caminante no acudía a su cita musical particular era el maestro Segovia quien ejercía de caminante, viajando de continente en continente, de país en país, de hotel en hotel para actuar en los teatros, salas de conciertos y auditorios más prestigiosos y de más aforo de todo el mundo. Precisamente, una de las principales preocupaciones del maestro era que su arte, su mensaje, pudiera llegar a todo el mundo. Tal noble empeño lo ha podido materializar ampliamente a través de sus conciertos, de sus cursos de guitarra en Siena, Santiago de Compostela, etc., y a través de docenas y docenas de grabaciones, que comenzaron a aparecer al final de la década de los años veinte, grabados en 78 r.p.m. por la “Voz de su Amo” y que han proliferado, en grabaciones de microsuro, a partir de los años cincuenta, habiendo alcanzado difusión millonaria. Por otra parte, la presencia de Segovia en la

radio y en la televisión de todo el mundo ha sido una constante en su vida.

A través de tales medios de difusión el maestro nos ha demostrado que la guitarra de concierto es un auténtico instrumento polifónico de registros inimaginables, una pequeña orquesta que permite interpretar por igual las composiciones de los vihuelistas del Renacimiento (Gaspar Sanz, Pisador, Galileo, Fuenllana, Narváez, Millán, etc.), de los más grandes compositores del barroco y del romanticismo (Bach, Breethoven, Mozart, Haydn, Chopin, Rameau, etc.), de los compositores modernos elaboradores de música nacionalista basada en temática popular o folklórica (Sibelius, Grieg, Falla, Albéniz, Granados, Turina, Scriabin, etc.), o vanguardista (Manén, Mompou, Ponce, Villalobos, Castelnuovo Tedesco, Tansman, etc.). Pero, además, el maestro ha demostrado fehacientemente las posibilidades de protagonismo que ofrece la guitarra como instrumento solista en orquestas sinfónicas, a través de excelentes interpretaciones de conciertos para guitarra y orquesta, que le fueron dedicados a él expresamente por numerosos y destacados compositores de nuestro tiempo (Rodrigo, Ponce, Castelnuovo Tedesco, etc.). Finalmente, el repertorio solista para guitarra resultó considerablemente ampliado, tanto como consecuencia del inmenso número de excelentes transcripciones de autores clásicos que el maestro realizó, así como por la motivación de su arte interpretativa sobre numerosos compositores contemporáneos, que le dedicaron un gran número de obras escritas para guitarra (Moreno Torroba, Jolivet, Halffter, Crespo, Rodrigo, Barrios, Mompou, etc.).

La atávica compenetración de Segovia con su instrumento era tan íntima, tan visceral, tan cósmica, tan identificada, que el propio maestro llegó a afirmar en su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid: **“Si la guitarra no hubiera existido, yo la habría inventado”**. Aunque tal afirmación resulte un tanto arrogante, nadie más significado que Segovia para poder permitirse expresarse de tal modo; lo importante de tal afirmación no es precisamente su interpretación literal, sino su concepto metafísico, su significado de predestinación. Por todo ello, puesto que la guitarra fue la eterna novia de Segovia, hasta el punto de que podría casi hablarse de una auténtica transustanciación en el binomio Segovia-guitarra, es más que probable que el maestro haya podido asentir, en su intimidad, con el contenido de esa sugestiva y bella estrofa poética de Manuel Alcántara, que decía:

“...Cuando yo me haya ido
—qué triste que me vaya—
de esta madera mía
que hagan una guitarra.”

Segovia deseaba seguir viviendo, por encima de todo, con toda su alma... para la guitarra. De su madera espiritual y artística ya se han hecho —y se siguen haciendo— muchas guitarras...

La vida de Segovia merece una muy extensa biografía, que indudablemente no tordará en ver la luz, dado el número y riqueza de trascendentes singularidades que la festonearon, pues Andrés Segovia ha sido un hombre, dentro de los pocos escogidos, que ha dejado profunda huella en nuestro siglo. Como él mismo reconocía con serena complacencia, su trayectoria artística fue gradual, pero siempre, invariablemente, ascendente, acaparando “*in crescendo*” la atención del público, crítica y empresarios artísticos. A través de su longeva vida, agerásica condición física y mental e incesante trashumancia artística, le fue dado a Segovia gozar del privilegio excepcional de conocer y tratar, en muchos casos, a las más prestigiosas personalidades del siglo XX: compositores y artistas, directores de orquesta, reyes, jefes de estado, políticos, humanistas, científicos, poetas y pensadores, etc. De todos ellos conservaba el maestro alguna graciosa y definitiva anécdota, que gustaba de relatar en la intimidad de sus coloquios familiares, o de círculos restringidos de sus numerosos amigos. De esta forma, cual caricatura o greguería, el maestro era capaz de comunicar en pocos y certeros trazos la esencia de la personalidad de tantas y tantas figuras, que ya han pasado a engrosar los índices de tantas enciclopedias como existen sobre las figuras más destacadas de nuestro siglo en los ámbitos más dispares del saber y del hacer humanos.

Disfrutaba el maestro lo indecible relatando y escuchando toda clase de chistes y chascarrillos y mostraba una especial y caballerosa delicadeza al referirse a los defectos y aspectos personales más negativos de otras personas, combinando la discreción con la ironía.

Andrés Segovia no fue un universitario “*standard*”, sino un autodidacta en el aprendizaje de todo aquello que le interesaba saber, que trascendió ampliamente de su mundo profesional de la guitarra. El maestro lamentaba no haber podido tener oportunidad de seguir enseñanzas universitarias, especialmente en el ámbito de la Filosofía y de las Humanidades. Sin embargo, su afán de perfeccionismo, su dilatada vida y las excepcionales ocasiones de contactos humanos sobresalientes que le brindó su actividad artística, suplieron con creces sus evidentes deficiencias de formación iniciales, haciendo de él un hombre extraordinariamente culto, de exquisito trato, de cálida humanidad, dotado de un inconfundible grajeo y sentido de la ironía y del humor.

Aunque el maestro no pudo pasar por la Universidad, fue, en cambio, esta secular institución la que se preocupó de integrarle en su seno, buscándole reiteradamente para conferirle su máxima distinción de doctor

“Honoris Causa”, mecanismo óptimo de recíproco enriquecimiento, que sólo se pone en funcionamiento en casos excepcionales, para personas también excepcionales. Por este camino, se doctoró el maestro hasta doce veces en diversas universidades españolas, en Oxford y en numerosas universidades norteamericanas.

Si dura y despiadada fue la lucha del maestro, no lo fue menos el variado y universal reconocimiento que mereció su arte, en todas las latitudes del mundo. Gustaba de comentar el maestro que a él le había sido dado el placer reiterado de disfrutar, una y otra vez, del reconocimiento universal de su labor artística, placer que a muchos insignes seres humanos no les ha sido dado poder disfrutar por razones diversas.

El número y calidad de las distinciones y homenajes que ha recibido el maestro Segovia no cabe detallarlo en el reducido marco del presente artículo. No obstante, no resulta posible silenciar un mínimo esquema de tales merecimientos, que van desde la concesión del título de Marqués de Salobreña por S.M. el Rey Juan Carlos I, pasando por la concesión de numerosas grandes cruces y otras condecoraciones, medallas de oro de ciudades, leones de oro, grandes premios por parte de todo género de instituciones nacionales y extranjeras; doctorados “Honoris Causa”; nombramientos académicos y de Miembro de Honor en Academias, Colegios, Conservatorios e Instituciones diversas de todo el mundo; vinculación honorífica a numerosas asociaciones y entidades nacionales y extranjeras; galardones, trofeos, diplomas, títulos, certificaciones y testimonios diversos; placas grabadas y murales; numerosos nombramientos de Hijo Ilustre, Hijo Predilecto, Hijo Adoptivo, Alcalde de Honor, Ciudadano Honorario, Huésped de Honor, etc., por numerosos ayuntamientos nacionales y extranjeros, etc. Además, el nombre de Andrés Segovia ha sido perpetuado a través de la denominación de numerosos paseos y calles en pueblos y ciudades españolas, a través de becas que llevan su nombre y a través de diversas instituciones, asociaciones y publicaciones que llevan, igualmente, su nombre. Su efigie ha sido también perpetuada en museos de cera y en un magnífico monumento, en bronce, erigido en su natal ciudad de Linares por suscripción popular. También el recuerdo del maestro se perpetúa en forma acústica a través del reloj del Ayuntamiento de Linares, que ofrece un fragmento de su “Estudio sin luz” al dar las horas. Por último, en cinco ciudades norteamericanas ha sido instituido un “Día de Proclamación de Andrés Segovia”.

La universalidad del maestro fue proclamada, por último, como homenaje postrero, por la Universidad española, concretamente a través de la Universidad Complutense de Madrid, que le invistió, a título póstumo, como doctor “Honoris Causa” en emocionante ceremonia celebrada el día

26 de junio pasado. La contestación al brillante discurso de "Laudatio", que fue pronunciado en su honor, no pudo, desgraciadamente, esta vez dárnosla el gran maestro en persona. A cambio, los allí presentes tuvimos ocasión de escuchar dos preciosas grabaciones de Segovia interpretando delicadas piezas del gran maestro que fue Fernando Sors. El silencio, como siempre, era sepulcral; la emoción incontenible. Mientras el maestro desgranaba sus diferidas notas y acordes, la solemnidad del acto alcanzó su clímax durante breves minutos. En la presidencia del acto dominaba el hieratismo y el más entregado y adusto respeto académico. Entre las filas de las personas asistentes se hallaban familiares y amigos del extinto maestro, cuyos ojos se nublaban, empañados, escuchando aquellos ahora lejanos sonidos, que parecían provenir de la misma Eternidad. En el atrio reservado para el Claustro de la Universidad, rodeada de ilustres académicos universitarios, una señora sostenía con una mano, con entereza, indefinible pena y legítimo orgullo el diploma de nombramiento de doctor "Honoris Causa", que acababa de recibir de manos del Excmo. y Mgfco. Sr. Rector de la Universidad. Con la otra mano, la derecha, la Excm. Sra. Marquesa de Salobreña, viuda de Segovia desde el día dos de junio, oprimía trémulamente, con fuerza y emoción, la mano de un acongojado y noble muchacho de 17 años, Carlos Andrés Segovia Corral, intentando así vanamente contener lágrimas generosas de pena y nostálgico recuerdo, que afloraban —abundantes e irresistibles— a sus ojos.

Así concluyó el madrileño homenaje "**post mortem**" que la Universidad española y universal dedicó a un hombre, a un artista y a un maestro de excepción, que sólo fue traicionado —en última estancia por escaso margen de unos pocos días— para poder participar en persona en este Acto —como tantas otras veces— por su noble, generoso y agotado corazón, sensible y febril, hurtándole así taimadamente la posibilidad de su personal participación en tan magna, como merecida efeméride, que reiteraba al protagonista ausente, una vez más, el aprecio y la significación que para la Universidad tuvo —y seguirá teniendo— aquel niño, que, saliendo de Linares, se lanzó con ilusionada decisión a un mundo desconocido e inmenso para llegar a hacerse un hombre, un artista y un nombre: Andrés Segovia.

No podría concluir el autor la presente evocación de un genio de la poesía musical, poseedor de habilidades taumatúrgicas, que le permitieron rescatar a tantos "**Lázaros**" muertos como se ocultan en el papel pautado de las partituras, infundiéndoles nuevas formas de vida, tan inéditas como insospechadas, sin rendir al artista y amigo que se nos fue un modesto homenaje en forma de poema acróstico, cuyo último valor no ha de buscarse en los defectos de su forma, sino en el sincero mensaje de su contenido:

A ntes de ti, la quintaesencia de la guitarra su sueño dormía
N ada fue fácil, peregrinando desde Linares, realizar la proeza
D esvelar con tus manos flexibles de sus duendes arcanas melodías
R enuncias, ensayos, fortaleza, destreza, viveza
E res, cual brujo, concitador de majeza y pureza
S erena, tu alma andaluza buscó alborozada el abrazo de su angelical
[compañía]

S ólo tus dedos ingrátidos, de etéreo espíritu impregnados [poesía
E scalaron, delicados el Olimpo de Orfeo buscando, afanosos, la eterna
G ozosos, te sublimaron al éxtasis, sólo accesible para dioses afortunados
O sando invadir muchos ignotos, de cósmica armonía
V inieron a ti legiones de efectos, sonidos cromáticos, jamás sospechados
I niciándote en la magia de ignorados contactos, de osada brujería
A ndando caminos, hasta entonces sutilmente vallados.

Adiós, Andrés, artista, maestro, amigo..., REQUIESCAT IN PACE!

Dirección del autor:

J. A. PÉREZ-BUSTAMANTE
Catedrático de la Universidad
de Cádiz